para Antonio Alatorre
para Rolando Martínez
para Sergio Veraza, que amó
y murió en esta ciudad.

La poesía non muta nulla. Nulla e sicuro
ma scrivi.

Franco Fortini

¿Dónde andabas, oh poeta?...
Como esmeraldas y plumas finas
llueven tus palabras...
¿Es esto quizás lo único verdadero en la tierra?

Tecayhuatzin

I

Ha caído la noche
y una llovizna sucia que coagula en las caras.

Sauces de niebla: muchachas que se arrastran con los senos
marchitos
y el cabello mojado entre los ojos:
Uvas de bugambilias pisadas por la luz: vino de lodo y flores.

Ciudad de aire andrajoso.
Ciudad de lluvia y mugre.
Ciudad de putas viejas y paredes de lepra.
Limpia ciudad del viento,
dulce ciudad de llanto lamida por la luna;
hay mujeres de pie frente a tus casas. Hay jóvenes que sueñan
en viejas desventuras. Hay los labios del musgo entre las piedras
y besan tu cadáver,
casa de asesinatos y ternura;
torre de maldiciones y susurros;
vaso de amor,
virgen manchada,
úlcera de afligidos.
Mansión de blancos sauces
y blancas espadañas,
¿por qué echaste el amor a la tiniebla
de tantas falsas manos? ¿Por qué todas las caras no tienen más
que un nombre?
¿Por qué todos los nombres tienen sólo una cara?,
dulce ciudad de álamos
mecidos por el tiempo y el recuerdo.

Contemplas la noche:
Se disuelven las sombras en la sombra. Baja
desde las casas un olor a recuerdos, un puro olor estéril,
un eco de costumbre y de pasos en que no hay más que tiempo
y tiempo transitado en silencio.

Llovizna la ceniza de los días,
tibiamente,
y tú caes a la vida como un fruto del tiempo,
solamente del tiempo.

Llueve sobre tu casa
y piensas en tus sueños que sólo pertenecen
al día que sobrevives:
se pudren tus objetos amados bajo esta misma lluvia
en otro sitio; suena la ceniza de las cosas,
pasan los automóviles sin rumbo.

Caminas y no miras a la vieja
que te tiende la mano; no miras a tu espalda su mirada;
no ves que se ha tirado como un perro
a buscar la limosna que has echado por encima del hombro.

Y estás en esta noche que no es esta ni otra noche que esta
y no tienes valor para mirar tus huellas:
el cadáver errante de tus días
se pudre en estas calles.

Detrás de aquel jardín tibio por la llovizna;
der tras de aquel geranio amedrentado
tú mirabas la lluvia que vidriaba las calles
y pensabas en el óxido amargo de tu pecho.

Era una flor la ciudad aquella noche.
Con círculos de jade, posada en un nenúfar de esmeraldas
aún perduraba;
como una garza azul volaba la ciudad
entre tus ojos: le temblaban las flores en el pico.
Tu corazón temblaba con su aliento; tu corazón pagaba
sus olores con caricias inermes: tu corazón, tu pobre corazón;
tu corazón de luz, tu corazón de polvo.

Suaves las bugambilias estallaban entre las suaves calles olorosas.
Era tu corazón un pétalo amarillo destrozado
entre las blancas páginas de un libro.
Era tu corazón una pisada sucia
bajos los pies de sombra de aquellas prostitutas.

4

Tú eras en otra parte la orilla de una tarde.
aún llameaban en ti las amapolas
y los trigales en tus ojos
eran una llama encendida en la distancia.
Los caballos rompían
el horizonte
y la luz se subía por las campanas
al cielo de tu vida.

\[
Pueblo de polvo y luz
y una calle y un muro
y un hombre silencioso junto al muro.\]

Había seres:
blancas caras de agua,
rostros llenos de arrugas cubiertos por un halo
de luz en el crepúsculo;
y a veces en los muros
un sol de junio proyectaba
la sombra de los fresnos en tu cara.
Allí estuviste un día.
Ahí, bajo las ramas de la brevas,
tus pupilas abiertas percibían
los rostros de las cosas, y tus manos eran una ascensión,
una lumbre purísima, y era tu beso un ascua.

¡Oh ciruela de pura geometría!
Dentro de ti los sueños
eran tiempo cayendo de las ramas de árboles antiguos;
dentro de ti los seres eran gotas de niebla
coagulando en el pecho.

Dentro de ti la infancia era presente.

Allí estuviste un día, ¿a dónde has escapado?
¿Dónde se fue tu amor a las palomas
y el temblor de tus labios ante ciertas palabras?

5

Ni a una ni a otra parte:
ni a la luz de la infancia ni a la sombra
a que condena la adolescencia herida;
ni de la piedra gris de las murallas
ni de la piedra lisa de los ríos.
Ni a la letra mojada en la saliva que se prende a los labios
del amante, ni a la palabra muda.

Ni a una ni a otra parte, meteco.
_huesped arisco de uno u otro arraigo._
Los tiernos nada dicen de ti; nada dicen de ti
los maldeitos.
Nadie vio entre los pobres tu cara de silencio,
nadie entre los soberbios.
Vagas aquí y allá
husmeando la humedad de los rincones,
pidiendo a Dios no hallar lo que piensas que buscas.

Una noche bajaste por una calle estrecha.
Al fondo brincaban las palomas en los charcos.
Tú mojabas el zapato en el agua lodosas
y pensaste que acababa tu vida
allí donde volaban las palomas.
Otra noche escribiste:
Ya no me queda nada:
una pobreza que se puede olvidar
sobre los labios.
Ya no me queda sino el ansia
de tener mis dos manos
para escribir que ya no tengo nada.

Mentiroso de mierda.

Ni a una ni a otra parte perteneces,
tú solamente cruzas.
Bajo las sombras vagabundas
que arroja en los caminos una gran cielo celoso
te sufren los paisajes silenciados.

...toda permanecia te condena,
Del tiempo es tu destierro.
En la piel fumigosa de tu historia
tibiamente hallas rostros de casas hoy en ruinas
y amores migratorios.

Sombra desvanecida atrapando recuerdos,
tibio;
estoy por vomitarte de mi boca.
II

1

para Rebeca Lozada

De pie frente a la iglesia
miro una antigua casa llena de lamparones
donde viven dos viejos con cara de silencio.
Juegan cartas y miran el espacio, y fuman
y nadie está con ellos.

¿Es cierto que cada día nacemos dentro de un nuevo cuerpo?
¿Qué nos amanecemos con el habla olvidada?
¿Qué cada día perdemos
más letras de la palabra tiempo?
¿Será cierto que nada hay más que río,
rió y ventanas y deudas y pequeños hoteles
que amanecen los días con algo de roído?
Y frío: en las entrañas, en las rodillas, abajo del talón,
entre los dientes.

Yo estoy pensando en ti, Eduardo, amigo mío.
Piensos en los viejos tiempos de alcoholes que quemaban
en las viejas cantinas destruidas.
Oh Maligna. ¿Te acuerdas? Estábamos sentados
sobre aquel tiempo antiguo, y las deudas y el frío y las ventanas
eran apenas grumos de la noche.
Y sabíamos hablar y nos refleamos... Las cosas se nublaban
y las caras, y una joven tristeza tragada con el vino
comenzaba a embriagarnos.
¿Sabríamos ya que no estaríamos juntos
durante tanto espacio?

Hemos crecido, Eduardo; hemos crecido tanto
que nadie podría ver las estrellas en el fondo
de nuestros pobres ojos. Hemos alzado tanto sobre el suelo
que se nos olvidaron los vinos de amapola
que escurrían en los campos.

Bebimos sin embargo el universo:
la noche de septiembre pasaba lentamente; fuera se iban los
ruídos;
se iban lentas mujeres como navajas lentas
y el alba susurraba en las campanas.

Me recargo en el muro y pienso en mis dos viejos:
juegan cartas, se callan. Y luego pienso en ti
y me vuelve a la boca el sabor de tu voz, y me vuelven
entonces las palabras,
y me digo que sólo la poesía puede contra el olvido. . .,
y me miento. . .,
y olvido.

2

Una noche de Brujas y neblina
un borracho cantaba entre la sombra una canción de frío.
Esa vieja canción aquella noche me hizo resucitar
en la penumbra la amargura de toda mi nostalgia.

La voz que vacilaba resbalando en la nieve
me hizo mirar el valle entre las torres grises;
me hizo ver la extensión salitrosa del hueco de los lagos
y tocar las piedras musgosas de San Angel.

Falsa ciudad del sueño que miré aquella noche,
¿cuáles son las raíces que arraigan, qué ramas crecen?

Eres una canción de cuna para los niños muertos.

Los pájaros buscaban las migajas en el balcón. Los árboles
callaban. Y yo era feliz porque de entre las calles surgía mi
amor coronado de luz. Así era; y largas tardes que descendían
tambaleando desde las azoteas hasta su voz, e iban perdiéndose
insensiblemente entre las ramas del eucalipto. Ofíamos cómo afuera
iba anocheciendo; reconocíamos el silencio del anochecer compuesto
siempre por sonidos claros, versos de poetas que amábamos y que
su voz densa identificaba incansablemente con la palabra noche.

Ya entonces la oscuridad estaba dentro y se había posesionado
de todos los objetos; se sabía, desde el fondo de aquellos muebles viejos,
que la luz de la luna estaba entre los rosales y detrás del armario
lleno de platos deportillados y candelabros de
hojalata.
Se veía, allí, en los intersticios, en los vanos de las puertas, resplandecer la luna como una hoja de aluminio fría y blanda. Entonces su voz cesaba las cadencias del poema y era ya la noche, completamente, y las prolongadas despedidas en aquel largo pasillo, y su piel, y sus labios brillando como una enorme superficie sembrada de metales.

Dulce misericordia de ti mismo.

Dulzura de mamar la leche del recuerdo en el pezón costroso de la ausencia.

Te duele todo ahora. Te duele la nostalgia en la piel de los muslos y te lames el alma como una bestia herida.

3

Porque no volveré, porque tal vez no volveré; porque no volveré, ciudad de campanarios y palomas, ciudad de plúmbagos y bugambilias. Porque tal vez no volveré quiero decirte algo de lo que te he querido.

Quiero decir las rosas de tu reja y el geranio nudoso de tu alféizar; los eucaliptos viejos de la tarde y el vino de glicinas de tus muros.

Porque no volveré, porque tal vez no volveré, pienso en mi infancia. Miro más allá de las nubes de lágrimas y veo a un niño corriendo entre tus calles: un niño dulce como los crepúsculos, un niño pensativo vacilando como una sola lágrima; un niño hecho de llanto y de ternura, hecho de largas tardes prisioneras, del rumor tembloroso de miles de murmullos brillantes de los sauces.

Porque no volveré, porque tal vez no volveré pienso en lo que he perdido:
la huella de su pie sobre la tierra. Sus palabras
rodando entre las piedras. Aquel cuarto al final de un pasillo
lleno de secos pétalos de rosa. El viento en la ventana,
el humo de los cerros que llegaba... el gorrión de papel...

Llovió aquel día...

Porque no volveré,
ciudad amada, porque no volveré;
porque tal vez no volveré.

(La perdió para siempre.
Llovió aquel día,
¿recuerdan?
Llovía sobre México
y ella estaba de pie junto al balcón
mirando la ciudad nimbada por la lluvia.

La perdió para siempre.

Ella salió a la lluvia.

A lo lejos brillaron sus cabellos todavía
durante mucho tiempo; se perdieron después
como una estrella errante
caida en el océano de la ciudad.

La perdió para siempre.
Su figura pequeña lo sigue sorprendiendo
en la turbada media noche, a veces
o en el reposo del mediodía.)

(Aquellas cosas...
El gorrión de papel suspendido
en el techo,
tus objetos manchados por el tiempo, y la lluvia
que dejamos entrar por la ventana...

¡Qué pasado está todo
y perdido hace tanto!
Una vez allí
estuvo tu vida como una estancia llena
de silencio;
una vez
el sol iluminaba tus pezones
y nuestro solo cuerpo acariciaba
el blanco lecho en donde nos amamos...

Sólo por un instante nos separamos.
¡Cuánta muerte ha caído desde entonces!

Las cosas que vivían en nuestras venas
deben moverse aún
como altas naves; el sol, y nuestros cuerpos
deben rondar aún por la ciudad acariciando
el blanco espacio de aquella cama...

-

(Amor mío,
yo te hubiera buscado en los burdeles,
yo te hubiera buscado entre los panes
tirados en la calle.
Yo te hubiera sacado como un diente flojo
de entre los papeles y de entre las palabras.

A la quinceañera
yo le hubiera arrancado tus entrañas. Habría sacado
un pezón de tus pechos
desde el muñón astroso de los limosneros.

Amor mío, tus ojos
habrían sido el alcohol
de todos los borrachos,
y tu mirada yo la hubiera bebido
de esas muchachas que se asoman por una ventana de domingo
a ver pasar los trenes.

Amor mío, amor mío, tu nariz
cárdica,
tu boca quebrada,
se hubieran levantado de las alcantarillas;
tu vientre habría salido desde las hojas sucias de los parques
y tus piernas hubieran sido el largo
sollozar de un enfermo.

Pero yo pienso...
Pienso... Ahora;
ahora tristemente te pareces a mí, desgraciadamente
te pareces a la ciudad:
abierta como el ojo de un charco.

       Llaga lodosa,
pústula sangrienta,
orina turbia.

Somos tú, ella, yo... Somos
a lo largo del día, a lo largo del tiempo,
con deseos, con esperanzas íngreas.

Te pareces a mí. Te pareces a esta distancia que nos cubre.
       Piel sarnaosa,
       oreja con pus,
       pelo con piojos,
       niebla sucia.

Eres mi sexo, mi amor y mi distancia:
te me pareces inconfundiblemente.
Y somos; somos a lo largo del mes con treinta días
inútil anhelar perdido,
dos arroyos corriendo en las aceras durante todo el año.

_Dos péndulos distantes_
_que oscilan paralelos_
_en una misma bruma_
_de invierno_

3

Bendíceme, nostalgia de aquel amor perdido,
bendíceme, borracho de la canción antigua,
bendíceme, Brujas olvidada;
bendígáname, canales de cisnes harapientos,
bendígáname, gaviotas de una sola pata.
Bendíceme, vaso de cerveza que ahora tomo lejos de mi ciudad,
bendígáname, versos que ahora escribo, papel que ahora mancho,
tinta que ahora derramo;
bendíceme Garona,
bendígánme, puertas a las que toco,
calles por las que paso tambaleándome,
mujeres cuyo vientre acaricio pensando que son aire
entre mis dedos.

Bendígánme. Guárdenme de las tardes en que he de volver.
Guárdenme del silencio que me ofrecen los sueños.
Guárdenme de los amores coronados de luz. Guárdenme
de la nostalgia.
Guárdame del creer en las palabras.
Guárdenme de creer en la poesía.
Guárdenme de las esquinas.
Guárdenme de volver.